

Entre Letras y Litros

HUBO un tiempo —que todavía me pesa— en que algunos pelafustanes me tuvieron convencido de que lo mejor de la prosa y poesía mundial ha brotado de la instigación alcohólica. Yo estaba jovencito entonces, edad voraz e inquieta, y me tiré de cabeza a la Biblioteca a confirmar el aserto. Por lo pronto me encontré con el caso desgarrador de Edgardo Allan Poe, y saltándome a la lírica francesa, descubrí que Paul Verlaine bebía mucho ajeno, y que tampoco lo hacían mal Charles Baudelaire y otros poetas menores. Enfrascado en el tema, proseguí indagando, y de la literatura oriental coseché los pámpanos vinosos de Omar Khayyaman. Y releyendo a Salomón y el rey David, me dije que era muy probable

que esos bíblicos personajes habían volcado experiencias espirituosas en sus poemas.

Para que se enteren los vocingleros del mal que se le hace a la juventud inculcándole pareceres a troche y moche, sin respaldo serio ni documentado, comentaré que a mí esos malditos gurúes me hicieron pasar del bar lácteo a las tabernas.

Y digo taberna, y me apresuro a rectificar. En realidad, comencé tímidamente con una pilsener en una inocente fuente de soda, y después, familiarizado por el primer soponcio, inicié andanzas de clandestinos, y en ellos sí que, entre pato y medio pato, se engrosó mi vena lírica. Recuerdo que en el "Facundito-Dancing-Bar", una chichería menesterosa de Lord Cochran con Eyzaguirre, arrancaba aplausos.

Recitaba, de mi cosecha: "Mujer que apareciste en mi vida/ en la fugaz comedia del amor/ ¿por qué añoramos la ilusión perdida/ si el ensueño ha perdido su color? ...".

Dicen que por el camino se arregla la carga. El hombre, al desarrollarse, se topa con cada infundio... Recuerdo al bachincha de boina, dueño de un "emporio" de calle Eyzaguirre, que me contó sin inmutarse que había cocido de bambino a Emilio Salgari, el fabuloso escritor italiano, y que también lo frecuentó en su plena fama. "¿Me vas a creer, ragazzo", me dijo —"que nunca salió de su pieza? Para escribir aventuras se inspiraba en el mapamundi, no sin antes trangugiáre varios litros de falerno. ¡Cómo bebía il dannato!".

En esta forma, desajus-

tado por tantas contradicciones, con el tiempo he tenido que corregir muchos falsos conceptos. De Salgari después supe que, en sus años mozos, mucho había viajado, y con mayor razón cuando se hizo marino. Coseché, pues, vivencias de sobra, con las cuales cimentó su sorprendente producción literaria que contó con millones de lectores.

Pero aquí estamos en Chile, país de opiniones fluctuantes. Del esplendor agrario y salitrero me llegan rimbombos de lo poco y nada que entonces se tomaba en cuanto a los trabajadores intelectuales. El roto le rendía culto al músculo, y los señores, al dinero. El novelista Alberto Blest Gana ("Los trasplantados", "Durante la Reconquista" y otras) dio a conocer lo que penaba *illo tempore* nuestra esmirriada aristocracia por ir a darse lustre a "las Uropas". Nuestra música nacional sólo se oía en las chinganas. Osmañ Pérez Freire, compositor consagrado no sólo por su "Ay, ay, ay" para expandir la totalidad de su estro musical se fue a radicar en el extranjero. El sufrido poeta Carlos Pezoa Véliz, quien en compendio de todos sus sinsabores, aparte de una vasta y valiosa producción poética, dejó esa joyita denominada "Tarde en el Hospital", murió, según glosa Nicomedes Guzmán, "reducido dramáticamente a su piel y su cal esquelética, comiendo con avidez los chilensísimos huesillos —último y único posible alimento—, que le llevaba, de día en día, Fernando Santiván". Y duele hablar de José Domingo Gómez Rojas, poeta que se malogró en plena juventud, no sin antes tragar todos los acibares con que lo colmó el sistema social de su época.

En estos vejámenes contra los activadores del espíritu hasta el que esto escribe se confiesa partícipe, pues también se integraba a los rapazuelos que acogían con pullas y pedradas a los

hombres de chambergo y capa. Recuerdo que a los chascones sucios y pringosos se les preguntaba si estaban estudiando para poetas. Ser vate, en mi tierna infancia, era más oprobioso que invertir ahora la condición de marihuano. Mas no dejaba de preguntarme: "¿Será posible que en estos seres desambientados, lúgubres hasta para caminar, aniden por dentro demonios y sabandijas? Como resabio de aquello —aunque con salto generacional— creo que es lo que hacía que un nietecito de don Homero Bascuñán, cansado de las peroratas de unos amigos bardos del abuelito, que frecuentaban su casa, les indicaba a los hostigosos el camino al exilio, gritándoles: "¡Que se vayan los poyetas! ... ¡Que se vayan los poyetas!...".

De los hombres de pluma que me consta a mí que bebían, recuerdo con agrado a Juan Godoy, el autor de "Angurrientos", hito en nuestras letras que ensombreció a cansinos criollistas y dio al traste con la prosodia estereotipada. Remezón, envidia, y después amplio reconocimiento. Juan Godoy, con personajes humildes y limpios, aunque metidos en ambiente sórdido y marginal, estructuró una novela costumbrista de poético contenido.

De Juan Godoy recuerdo la barba florecida de sus últimos años, canosa y manchada de nicotina. Lo divisé una noche en un bar de Morandé. El escritor dialogaba con unos jarros de vino, de pie ante el mesón del "Verdejo". No sé si me reconocería. El caso es que me dirigió un improperio, de esos de cintura para abajo, y alzando su medio pato de tinto se lo bebió hasta el concho.

Esto me corroboró lo afirmado por cientos de peladores: "Juan Godoy bebe como energúmeno y hasta que se le pierde la gramática".

• Juan Rubén Valenzuela

1971-1991
"Recuerdo con agrado a Juan Godoy, hito en nuestras letras, que ensombreció a cansinos criollistas".

